

ALEXÉI VARLÁMOV

EL NACIMIENTO

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Rozbdenie*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1995 by Alexéi Varlámov

© de la traducción, 2009 by Selma Ancira Berny

© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-96834-96-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 8.152 - 2009

En la cubierta, fragmento de *Baco, Venus y Cupido*,
de Rosso Fiorentino

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El bebé se movió en el vientre materno, por primera vez, cuando iba a entrar en el sexto mes de vida. Hacía mucho ya que sus manitas, diminutas y suaves, y sus pequeñísimos piecitos rozaban la pared flexible del útero, pero hasta ese momento sus movimientos habían sido demasiado débiles y la mujer no los había percibido. De pronto sintió un ligero roce, se estremeció y prestó atención. El bebé volvió a dar un empujoncito y si en ese momento alguien se hubiera percatado del rostro de la mujer, aun si ese alguien hubiera sido una persona gélida o airada con el mundo, seguramente habría perdonado las imperfecciones e injusticias de la vida terrenal. Pero aparte de un perro grande y desgredado no había nadie para verla: el marido se había ido al bosque, y ella se hallaba sola en un piso amplio, otoñalmente frío, que alguna vez había destacado por su solidez, su firmeza y su orden, y ahora poco a poco iba tendiendo al abandono.

La mujer tenía treinta y cinco años, éste era su primer embarazo, y tanto su edad como su salud delicada y su constitución frágil le causaban una gran inquietud. Concienzadamente y cuando correspondía había pasado por la consulta de todos los médicos por los que debía pasar, y pese a que le advirtieron de que el embarazo sería complicado y

que, probablemente, no podría llegar a término, en principio nadie le dijo nada expresamente malo.

Solían darle los consejos que se dan en esos casos, pero durante los últimos meses la incertidumbre y el desasosiego se habían apoderado de la mujer y ésta vivía con miedo, atenta siempre a lo que estaba ocurriendo en lo más profundo de su cuerpo.

A nadie decía nada de ese desasosiego y esa incertidumbre, ni a su marido, ni a su madre, ni a sus amigas más cercanas; no hablaba de su situación, guardaba su secreto y lo llevaba en su interior, recelosa siempre del mal de ojo, de la desgracia, de las felicitaciones anticipadas, de la curiosidad y de la sorpresa.

Doce años atrás se había casado, y desde hacía ya un buen tiempo sus parientes y conocidos, que al principio habían bromeado sobre su descendencia, habían optado por guardar silencio al respecto, seguros de que jamás traería un hijo al mundo. Con ese silencio, tan lleno de tacto, habían acabado por convencerla de lo mismo, y cuando de pronto aquello que tanto había esperado, y por lo que tanto se había desesperado, se hizo realidad, fue presa de unas palpitaciones supersticiosas. Durante un buen tiempo tuvo miedo y no se permitía acabar de creerlo, hasta que en esa desagradable institución que lleva el absurdo nombre de «Consulta médica para mujeres» y que ella siempre había evitado, se lo confirmaron con frialdad, incluso con malevolencia: está usted embarazada, probablemente de ocho semanas, ¿quiere conservarlo? Ella se apresuró a interrumpir-

pirlos, por supuesto que sí quería conservarlo, y entonces la trataron con un poco más de amabilidad, con una solicitud inhabitual en ese lugar, y le ordenaron que volviera al cabo de un mes para darse de alta.

Entonces todo aquello le pareció extraño e inexplicable, sobre todo porque durante los últimos años rara vez mantenía relaciones íntimas con su marido. Su matrimonio, celebrado en su momento no tanto por amor como a consecuencia de una cierta fascinación, hacía mucho que se había vuelto una costumbre; la pasión que pudo haber habido se convirtió en preocupación del uno por el otro, y luego también esa preocupación se apagó. Ella no sabía si eso estaba bien o mal, por qué se habían dado así las cosas y si podría haber sido de otra manera, pero el no tener un hijo no sólo la afligía sino que le quitaba todo sentido a su vida. Jamás tocaba este tema con su marido y, aun cuando admitía que él también sufría, la culpa la tenía ella, o bien, inmerecidamente, se la echaba encima, si acaso hay culpa en casos como ése.

Por lo demás, muy en el fondo de su alma, creía saber por qué no había podido quedarse embarazada durante tanto tiempo: todos a su alrededor ansiaban que tuviera un hijo—los padres de él, él, sus propios padres—y en los momentos de intimidad no lograba relajarse y quitarse de la cabeza esa idea persistente, de modo que con el tiempo aun las relaciones conyugales perdieron para ella todo su encanto y se convirtieron en una obligación aburrida y agotadora que intentaba evitar echando mano de todo tipo de pretextos.

Seguramente era una mala esposa para su marido, pero ni él ni la vida que él llevaba le interesaban. La coexistencia bajo un mismo techo le resultaba forzada, e intentaba convencerse de que en el mundo hay millones de familias sin hijos y de que cientos de miles de esas familias son felices, y que si son infelices es por razones muy distintas. Pero ninguno de esos razonamientos le concernía.

El marido jamás manifestó descontento alguno, trabajaba duro y con entusiasmo; los sábados, los domingos y los días festivos solía irse al bosque y volvía fresco y descansado. A su manera era atento con ella, pero ella estaba secretamente convencida de que más tarde o más temprano se quedaría sola. Estaba preparada para ello y no le habría asombrado que de pronto él le anunciara que la dejaba. Suponía que si no lo hacía era porque una integridad mal entendida se lo impedía, pero todo esto llevaba a que ella, una mujer inteligente y equilibrada, se volvía recelosa y mezquina, espiaba sus conversaciones telefónicas, se crispaba cuando él llegaba tarde y se revolcaba cotidianamente en un fango repulsivo.

Ese presentimiento, como también la idea de que él la engañaba, le parecían hasta tal punto humillantes e indignos, que a veces se planteaba muy en serio la posibilidad de irse ella primero y liberar al hombre a quien si bien ya no amaba, sí respetaba.

Poco a poco se preparaba para hacerlo, sabía que ahora sería más fácil que al cabo de unos años, cuando fuera más dependiente y más vulnerable. Sin embargo, en vera-

no, cuando la idea de irse había madurado y estaba a punto para la ruptura, sintió de pronto unos síntomas desagradables—somnolencia, cansancio, náuseas—, éstos mismos que años antes, engañándose, había tomado por un embarazo, para sufrir luego una cruel desilusión. Ahora, sin embargo, el embarazo era real e irrumpió en la vida de la mujer haciéndole olvidar tanto las sospechas como los reproches no expresados, y también los propósitos.

Aquellos meses de estío la mujer vivió en el terror, terror frente a su propio cuerpo que le parecía más bien ajeno y cambiaba de manera irrefrenable, y terror frente a su mente que cambiaba todavía más. No se reconocía ni se entendía: con frecuencia tenía ganas de llorar y sentía una infinita lástima de sí misma. Jamás se había sentido tan indefensa, tan vulnerable, tan sola y tan innecesaria, y jamás el mundo que la rodeaba le había parecido tan hostil y tan cruel. Tenía miedo de quedarse mucho tiempo sola en casa, de salir a la calle, de ir adondequiera que fuera. Siempre se imaginaba que algo le ocurriría al tranvía en el que ella viajaba, que se incendiaría el vagón del metro donde ella iba, que explotaría junto a ella la bomba que habían dejado los terroristas, que sería atacada en la oscuridad por algún asesino o maniaco y, sin hablarle de sus miedos a su marido, se pegaba a él, por instinto, a pesar de que durante los últimos años su obstinado silencio no había hecho sino irritarla.

Todo esto no debería haber escapado a una mirada atenta, pero su marido estaba demasiado ocupado consigo mismo como para prestar atención a ese tipo de caprichos

y, estrellándose contra sus miradas indiferentes, ella se hacía un ovillo y se encerraba en sí misma. Era como si viviera en un cascarón, mimando y protegiendo su cuerpo, transportándolo como una valiosa vasija. Incluso los frasquitos con orina para los análisis eran para ella algo importantísimo, ya que estaban directamente relacionados con lo que le ocurría al bebé.

Así, casi en la inconsciencia, transcurrió el estío que ese año no fue cálido y placentero sino asfixiante y húmedo, y luego llegó el otoño, y ella comenzó a sentirse mejor. Cesaron los accesos de vértigo, no volvió a desmayarse, y parecía haberse tranquilizado, haber hallado el sosiego. En el fondo de su cuerpo vivía un ser pequeñito, que estaba siempre con ella, siempre: cuando salía a dar un paseo, cuando se quedaba dormida, cuando iba a trabajar... Y aun cuando seguía teniendo la impresión de que el mundo entero estaba en su contra, ahora, después de que el bebé se hubiera movido, ya no se sintió tan sola.

La mujer se acercó a la ventana y corrió la cortina. Un ventarrón arrancaba de los árboles las hojas húmedas, amarillentas, deslucidas, salpicadas de pintas oscuras color orín. Las hojas caían en los charcos sobre los que tamborileaba la lluvia, todo parecía vestido de harapos, el cielo, la tierra y las personas que, con los faldones de sus gabardinas al viento, pasaban presurosas por la calle, bajando la cabeza y sosteniendo con dificultad sus paraguas.

Y ella daría a luz en febrero. Aún tenía por delante todo el otoño y más de la mitad del invierno: las aceras resbala-

dizas, los montones de nieve, los anocheceres tempranos y las oscuras y largas noches. Tenía miedo y le habría gustado que el tiempo se apresurara. Por lo pronto no se le notaba nada, pero dentro de poco ya no podría ocultar su estado. Con desazón pensó en los vecinos, en las abuelas metomentodo que se reunían en la entrada de su edificio, en sus compañeros de trabajo y en sus parientes, en los nuevos cuchicheos, en los dimes y diretes y en la exagerada atención que recibiría por parte de gente que no le caía bien.

Más allá de la ventana, la lluvia no cesaba. La mujer se vistió, llamó al perro y salió de casa. No le apetecía dar un largo paseo con ese tiempo, pero caminó a lo largo del canal y pasó por delante de la esclusa, de donde estaban zarpando las últimas barcazas, arriba rumbo al Volga y abajo rumbo al Oká. El vendaval arrancaba la ropa mojada que colgaba de las cuerdas, un marinero medio borracho, envuelto en un impermeable y con una gorra de piel encasquetada, caminaba por la cubierta de la última de las barcazas mirando indiferente a derecha e izquierda y, con esa misma indiferencia e indolencia, a través del vidrio inundado de lluvia, miraba el capitán desde su cuarto de mandos, intentando adivinar cuánto tiempo los mantendrían en aquella esclusa en la periferia noroeste de Moscú.